Fiesta de la Sagrada Familia, ciclo A

· Mt. 2, 13-15.19-23 ·

Después de que los magos partieron de Belén, el ángel del Señor se le apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto. Quédate allá hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo».
José se levantó y esa misma noche tomó al niño y a su madre y partió para Egipto, donde permaneció hasta la muerte de Herodes. Así se cumplió lo que dijo el Señor por medio del profeta: De Egipto llamé a mi hijo.
Después de muerto Herodes, el ángel del Señor se le apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, toma al niño y a su madre y regresa a la tierra de Israel, porque ya murieron los que intentaban quitarle la vida al niño».
Se levantó José, tomó al niño y a su madre y regresó a tierra de Israel. Pero, habiendo oído decir que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allá, y advertido en sueños, se retiró a Galilea y se fue a vivir en una población llamada Nazaret. Así se cumplió lo que habían dicho los profetas: Se le llamará nazareno.

"LEVÁNTATE, TOMA AL NIÑO Y A SU MADRE..."

En este domingo, primero después de Navidad, celebramos en toda la Iglesia la fiesta de la Sagrada Familia. Es una oportunidad especialísima en la que como comunidad podemos centrar nuestra atención en la meditación de la vida de la familia terrena del Hijo de Dios.

En esta ocasión nuestra reflexión parte del relato de San Mateo, que nos permite contemplar a la familia compuesta por Jesús, José y María enfrentando momentos bastante difíciles. Y es que el rechazo del mundo al Salvador recién nacido,

se ve manifestado en la persecución que el rey Herodes el Grande, desató contra el Mesías.

Las razones de tal persecución son claramente políticas, el poder que Roma le había otorgado a Herodes sobre el pueblo de Israel, se veía amenazado ante la llegada a este mundo del Mesías-Rey prometido por Dios.

San José, es llamado por Dios a ejercer su papel de padre y custodio para proteger al niño y a su madre. Su bajada a Egipto se da en circunstancias de angustia y prisa, sin embargo el camino emprendido es un camino bendecido en todo momento por Dios.

La fe de José en Dios y la docilidad a su mandato, se convierten en un refugio seguro para su familia. Sus decisiones no dejan a Dios a al margen, ya que en los días que vienen la confianza en Él, será la clave para asegurarle un hogar seguro a su joven familia.

Así, las palabras del ángel del Señor resuenan fuerte en el interior de José: «Levántate, toma al niño y a su madre…», son palabras que dejan ver la unidad que cómo familia ya poseían. El Hijo de Dios se encarnó y nació en el seno de una familia con todo lo que esto significa. No queda exento de una genuina experiencia familiar, ya que ha sido voluntad divina que se ligara tan estrechamente al hombre y a su realidad, que la experiencia familiar, se convierte así en el lugar privilegiado para su desarrollo como hombre.

Hoy en día, una de las instituciones más amenazadas es la familia. Por una parte nuevas corrientes de pensamiento y costumbres, tienden a poner en crisis esta institución diseñada, bendecida y querida por Dios, queriéndola transformar en una realidad hecha a la medida y al antojo de esquemas nuevos de convivencia. A esto se une por otra parte el egoísmo sutilmente exaltado de la sociedad actual, que va minando la posibilidad de una vivencia verdadera del amor entre los esposos, de tal manera que se pone en peligro la base fundamental de la familia: el amor incondicional.

A pesar de todo esto, Dios sigue suscitando en el corazón de muchos hombres y mujeres, la semilla de un amor verdadero que encuentra su mayor expresión en el compromiso matrimonial, auténtico momento fundacional de la familia humana. Es urgente por lo tanto estar atentos y cercanos al amor de Dios, de tal manera que podamos –como lo hizo la sagrada familia– poner por obra su voluntad, que siempre será provechosa y conveniente para todos.

A semejanza de la Sagrada Familia, muchas familias en la actualidad, se encuentran desplazadas de su lugar de origen, ya sea por las escasas oportunidades de desarrollo o por la violencia, y otras tantas son perseguidas por sus creencias o por antiguas rivalidades étnicas, dando como resultado el que muchos hogares sean desgarrados.

Situaciones dramáticas, que no son ignoradas por Dios, quien siempre hace justicia y toma partido por el oprimido y el que más sufre. El mensaje del evangelio de este domingo, nos llama también a la solidaridad con quienes viven bajo estas difíciles circunstancias, sobretodo con la ayuda material y la oración.

De igual manera es importante estar atentos a las necesidades de las familias que viven a nuestro alrededor, y de manera especial con aquellas personas que ya no cuentan con familiar alguno, ya que nuestra cercanía puede ser un fuerte punto de apoyo para ellas. Recordemos también que la Iglesia entera y su expresión más cercana, la parroquia, son también puntos de encuentro clave para una vivencia solidaria y familiar. ¡No olvidemos que nuestra fe nos hace parte de la gran familia de Dios!

Pidámosle a Dios nuestro Padre que nos ilumine con la gracia del Espíritu Santo, para que nuestro testimonio cristiano de fe brille con intensidad en el seno de nuestra familia, de tal manera que el amor de la familia de Nazaret, que tuvo como centro a Jesús, alimente nuestro mutuo amor y seamos gracias a él, valientes para enfrentar los retos y adversidades propias de aquellos que se atreven a amar incondicionalmente.

¡Alabado sea el nombre de Jesús!

Pbro. Eliezer Israel Sandoval Espinoza
Arquidiócesis de Monterrey, México
twitter: @padre_eliezer